

PESCADOR, Juan Javier
The New World inside a Basque Village: The Oiartzun Valley and its Atlantic Emigrants. 1550-1800
 Reno : University of Nevada, 2003. – 185 p. – ISBN: 0-87417-570

Breve, sorprendente, y sobre todo muy, muy interesante en sus planteamientos y sugestivo en sus resultados. Así podríamos resumir este trabajo de Juan Javier Pescador, *assistant professor* en la Michigan State University, y buen conocedor, tanto de la historia de su país natal, México (es coautor del manual *The Early History of Greater Mexico*), como de la del País Vasco. Especializado en estudios sobre historia de la población, familia y mentalidades, hace una década que comenzó una relación profesional con el País Vasco, y en concreto con el valle guipuzcoano de Oiartzun, sobre el cual tiene ya varias obras editadas. Casi de modo natural, por lo tanto, ha venido a ofrecer este libro en el que entran en relación los dos ámbitos geográficos en los que ha centrado su carrera investigadora. Una naturalidad que ha plasmado incluso en una de las principales tesis que sustenta sus planteamientos epistemológicos: la tesis de que la dimensión migratoria a Ultramar es un elemento arraigado e ineludible a la hora de entender la evolución histórica, de ésta y otras muchas comunidades (municipios, valles, comarcas...) de Euskal Herria.

Realmente, no es muy habitual encontrar en la historiografía vasca obras centradas en los procesos migratorios, especialmente hacia América, en la Edad Moderna. Como ya se ha hecho notar en otras ocasiones, hay una especie de frontera conceptual difusa entre modernistas y contemporaneístas de las migraciones vascas: mientras los primeros apenas recurren a este concepto, si no es desde estudios estrictamente demográficos, entre los segundos es mucho más habitual, casi canónico. Ciertamente esta división no es categórica ni pretende tener visos de cientificidad historiográfica, pues son muchas las excepciones en uno y otro sentido; sino que responde más bien a una impresión de conjunto obtenida del conocimiento de la producción historiográfica vasco-americanista. Cierto es, igualmente, que en los últimos años las más recientes investigaciones están superando esta tendencia, como por ejemplo esta misma obra que recensamos; en todo caso, en la producción bibliográfica realizada en el ámbito español e iberoamericano, sobre todo en el primero, el *americanismo* ha mostrado una mayor propensión a analizar a los vascos de América desde perspectivas más bien biográficas y desde su pertenencia a colectivos “profesionales” (burócratas y gobernantes, comerciantes, mineros...) antes que a colectivos “culturales” o quizá “étnicos” (lo que en la historiografía argentina actual se conoce con el expresivo término, ya acuñado, de “colectividades”). En este contexto, la obra de Pescador se nos plantea como un estudio novedoso, tanto por su decisión consciente de estudiar el fenómeno migratorio, como por decidirse a hacerlo en los siglos XVI al XVIII, cuando América era, para muchos vascos, no una tierra extranjera sino unos reinos bajo el dominio de su mismo señor.

Pero no acaba aquí la novedad de su planteamiento, sino que en la declaración de intenciones que expresa en el prólogo, señala muy adecuadamente muchas de las percepciones apriorísticas que, a su entender –y en esto coincidimos plenamente con el autor– lastran el cabal conocimiento de la historia de la “dimensión atlántica” del pasado histórico vasco. Algunas de estas percepciones erróneas son, más bien, propias de una visión desde fuera de la propia historiografía vasca, si bien no por ello hemos de menospreciarlas. Así, por ejemplo, la idea, que extrañamente goza de un extraordinario predicamento fuera de nuestras fronteras, de que los vascos son un pueblo que en vez de historia tiene antropología (p. XVIII), algo que choca a quien conozca de cerca la vitalidad de los estudios historiográficos sobre Euskal Herria, pero cuyas raíces hemos de encontrarlas en la propia imagen –interesada o no– que han transmitido los autores vascos en generaciones anteriores¹. O también –aunque es un mal que no aqueja estrictamente a la historia de los vascos, sino en general a la historia de la América española colonial– el empeño, propio de unos presupuestos ideológico-políticos ajenos a la historia y claramente anacrónicos, de convertir toda aproximación histórica a esta época en un pretexto para endosar al lector discursos de categorización moral de la conquista, ya sean leyendas negras o rosas (p. XV).

Otras percepciones, en cambio, inciden en la raíz de la propia consideración que los fenómenos migratorios tienen en la historiografía vasca. Consideración, en primer lugar, escasa, como si fuera un fenómeno marginal: algo ajeno al propio proceso de transformación inherente al paso del tiempo en toda sociedad, una especie de excrecencia, una enfermedad que desaparece cuando las pústulas (aquellos que emigran) se separan del cuerpo (la sociedad vasca), que una vez repuesta recobra su anterior e inmutable ser, sin dejar rastro ni secuelas. Esto se acentúa, además, cuando hablamos de una etapa y una sociedad, el llamado Antiguo Régimen, sobre el que abundan igualmente las visiones apriorísticas. En este punto, Pescador es claro al afirmar que le interesa principalmente analizar el cambio social, y que su tesis de estudio,

“will challenge traditional perceptions about early modern Iberian villages, in part because such perspectives rely heavily myths of social, geographic and domestic immobility” (p. XIII).

Se puede decir más alto, pero no más claro. Como también es conciso, y por ello doblemente expresivo, su juicio sobre el modo en que ha sido enfocada la emigración moderna española y vasca a América, y sus fenómenos relacionados, en los pocos estudios existentes: descripciones superficiales de la emigración, que en el mejor de los casos no han ido más allá de ponderar su papel como válvula de escape para “stagnating rural communities”. Es decir, la maldición malthusiana, reeditada una y otra vez.

Pescador escapa de cualquier planteamiento mecanicista de la emigración, y se dedica a seccionar, desde una mirada muy próxima, microhistórica y casi prosopográ-

1. Sobre todo, creo que habría que poner en vinculación esta idea, tan extendida, con la imagen que los ideólogos e intelectuales del nacionalismo vasco en el exilio difundieron durante su obligada ausencia en el franquismo. Clichés como aquel de que “los vascos no datan” –entendido en un contexto y con un significado muy diferente al que originariamente parece ser que tuvo–, o el de la supuesta agrafia o aversión al documento escrito por parte del pueblo vasco, han constituido los pilares de una imagen romántica del País Vasco como un pueblo cuya historia no puede hacerse por el medio tradicional de los registros escritos y la ciencia histórica tradicional, sino a través de la búsqueda de supuestas líneas esencialistas inmanentes. Basta echar una ojeada a cualquier biblioteca especializada en historia vasca para darse cuenta de lo inmensamente erróneo de esta imagen.

fica, las vinculaciones existentes a lo largo de tres siglos entre Oiartzun y América. Su centro de interés es, como ya hemos señalado, el cambio social; cambio como generador de la emigración, pero también al contrario: los fenómenos de retorno –en su sentido más amplio– como factores novedosos de movilidad social que afectaron profundamente la estructuración y relaciones de poder en el seno del pequeño microcosmos que constituía la sociedad oiartzuarra. Para ello, se basa en un sólido caudal de fuentes, abundantes y usadas con profusión. Demuestra en este punto un conocimiento muy preciso del panorama archivístico adecuado para sus objetivos, pues además de consultar el archivo municipal de Oiartzun y otros referidos a la Guipúzcoa moderna (en San Sebastián, Oñati, Tolosa, y Pamplona), ha utilizado asimismo documentación colonial del Archivo Histórico Nacional y la Biblioteca Nacional de Madrid, así como del inexcusable –para este periodo– Archivo General de Indias de Sevilla, aparte de otros archivos más en México y Estados Unidos. Quizá el único punto débil que se le pueda encontrar sea el de la bibliografía, pues no están en ella todas las obras que cabría esperar, especialmente de la producción historiográfica hecha en el propio País Vasco, aunque las carencias son contadas²; y si bien no empañan la impresión general positiva³, hay que reconocer que algunos de sus juicios sobre la historiografía vasca y española no creemos se ajusten totalmente a la realidad actual, o sean más bien clichés de épocas pasadas (por ejemplo, la acusación de cierta autocomplacencia en una visión hagiográfica de los “colonial entrepreneurs” (p. 24); que reconocemos fue habitual en el siglo pasado, incluso hasta décadas no muy lejanas, pero que en modo alguno creemos sea general ni generalizable en el presente).

La estructuración de la obra, por su parte, es simple y efectiva. Dada la brevedad del texto, el autor lo divide en apenas cinco capítulos, más un epílogo. Los títulos adoptados para cada uno de ellos, por lo general, son claros y reveladores de su contenido. El primer capítulo, “Bulding the Atlantic, 1550-1650”, (p. 1) como su propio nombre indica, analiza las primeras oleadas y generaciones de emigrantes hacia la recién conquistada América. Es, quizá, la parte más clásica de su estudio, aunque la aproximación microhistórica le permite una detallada descripción concatenada de casos, individuales pero no aislados entre sí, de oiartzuarras empeñados en el “sueño americano” del momento, con sus éxitos y fracasos profesionales. Este capítulo tiene así la virtud de mostrar, por vía práctica, el modo en que un apartado rincón de Guipúzcoa llegó a establecer un número tan alto de vinculaciones de sus naturales, familias y vecinos, con casi toda la geografía americana.

2. Sin duda, la más flagrante de las ausencias es la de la obra de J.M. Aramburu Zudaire, con sus trabajos sobre la emigración navarra y guipuzcoana en época moderna, pues constituye por identidad del período y proximidad geográfica del ámbito estudiado, un referente de gran interés, aparte de ser una obra reciente en su aparición.

3. En todo caso, cabe hacer una crítica más severa a las incorrecciones que presentan bastantes de las referencias bibliográficas que aporta; algunas son simples erratas, con la del artículo atribuido a Robert Muro Abad (p. 173); otras son, a mi entender, lecturas apresuradas de notas de lectura, como la confusión entre Gúeñes y Gúemes en el artículo de Juan M. González Cembellín (p. 171) o del apellido de Estíbaliz Ruiz de Azúa –reflejada incorrectamente como Arzúa– (p. 174). Sería interesante hacer un seguimiento de la gran cantidad de veces que esta autora ha sido mal citada, sobre todo su apellido, por autores propios y foráneos: Asúa, Arzúa, Arúa... También es de remarcar la fijación por escribir con tilde el acento Ortiz (sistemáticamente escrito como Ortíz, ya sea en la bibliografía, ya a lo largo del texto), contraviniendo las elementales normas de acentuación del castellano (aunque, también en este caso, es un pecado muy extendido: el propio José Manuel Azcona Pastor, cuya última obra recensamos en este mismo volumen, ha cometido esta misma falta toda vez que se ha referido al presidente argentino Roberto M. Ortiz).

En el capítulo segundo, “*Ausentes en Indias or Prodygal Sons, 1650-1740*” (p. 234), se lanza a analizar detenidamente el modo en que todo ese proceso migratorio, y sus retornos, afectaron la propia vida histórica del valle: el indiano o americano como nueva fuerza emergente que pretendía ver reconocido su nuevo estatus económico en el ranking de la sociedad local y sus “familias prominentes”, en lo que gráficamente llega a describir, en algunos casos, como verdadero “asalto al poder” (p. 41). En este punto, el autor ofrece una novedosa y omnicomprensiva reinterpretación de las vías de retorno personal, material e inmaterial de los americanos en su sociedad de origen (donativos, capellanías y obras pías, (re)edificación de edificios de culto, pero también rehabilitación y engrandecimiento de caseríos, adopción y plasmación en las fachadas de nuevos escudos de armas, modificaciones en el nombre de las casas –Indianuena, Puebla, Buenos Aires...–, etcétera). Más allá del viejo y repetido recurso a factores como la añoranza, de muchas reminiscencias literarias pero escaso valor histórico, Pescador otorga a todas estas vías, usadas pródigamente por los americanos, hubieran regresado o no volvieran nunca a Oiartzun, una significación global dentro de los procesos de reposicionamiento y reestructuración de los grupos familiares locales en el reparto del poder, político, social, “espiritual”, e incluso en el orden económico y financiero –aspecto este último casi siempre menospreciado, por no decir simplemente olvidado, en la historiografía–. A este particular, bien puede considerarse la investigación de J. Javier Pescador una de las mejores y más completas visiones integrales con las que contamos, no sólo para el caso vasco, sino incluso podríamos generalizarlo a la emigración a la América española colonial en general.

No se limitan a éstos, en todo caso, los méritos de esta obra, que se ven notablemente ampliados por el capítulo, sin duda, más original en su concepción: el tercero, encabezado por el sugerente epígrafe “*Basque Penelopes. Oiartzun Women and the New World*” (p. 47). Como bien han repetido diversas voces autorizadas en el último decenio, un estudio sobre los fenómenos migratorios no sería completo si no se tiene en cuenta a los que se quedan, a los que no emigran; bien para elucidar, como propugnaban W. Douglass o M. P. Arrizabalaga, que era tan importante saber por qué emigra el que emigra, como por qué no lo hace el que se queda en casa; o bien, como ocurre en este caso, para determinar el reparto de funciones en el seno de la familia, ya que si bien la emigración, físicamente, es una cuestión personal, el resto de las cuestiones a las que afecta (especialmente toma de decisión y efectos socio-económicos) son cuestiones que suelen establecerse a un nivel colectivo, generalmente dentro del grupo familiar. Como ya apunta el autor desde el título, hay una clara diferenciación de sexos en el modo de encarar las migraciones: mientras que son los hombres los que cruzan el Atlántico, las mujeres (esposas, hermanas, hijas...) suelen ser las que tienden a permanecer en el lugar de origen. Esto, que ya era conocido, o al menos inferido por los pocos datos cuantitativos existentes (que sistemáticamente han venido ofreciendo unas tasas de masculinidad elevadísimas en la emigración ultramarina en época colonial), no supone sin embargo que el papel reservado a las que quedan en casa sea el de meras espectadoras pasivas. Al igual que Penélope en la leyenda clásica, aparte de tejer y destejer su tela esperando el regreso de su hombre, estas mujeres tuvieron que enfrentarse a problemas que, en otras condiciones, no parecerían adecuadas para el rol femenino (p. 61). Gestoras del patrimonio familiar, cabezas efectivas del sostenimiento, avance y mejora de sus caseríos y otras posesiones, ejerciendo el papel clásico del pater familias en cuestiones como el reparto de las herencias, administradoras de los legados –de todo tipo–

4. Hemos señalado en cursiva, en los títulos de cada capítulo, las palabras que aparecen en castellano en el libro original.

enviados por sus familiares desde América... las mujeres constituían la contraparte vasca de la “empresa americana”, su reverso pero a su vez su complemento inexcusable.

El capítulo cuarto, “*La Hora de Aldaco*”, pretende según su autor ser un estudio de caso, analizando la evolución del comportamiento migratorio de un único caserío oiartzuarra, así como de los efectos que el éxito o fracaso de sus emigrados tuvieron en el propio caserío natal. No elige para esto un caserío cualquiera, sino aquel de quien saliera uno de los más prominentes representantes del poder de los inmigrantes vascos en México en el siglo XVIII: Manuel de Aldaco, comerciante y promotor, como miembro de la cofradía de N^a Sra. de Arantzazu en la capital novohispana, del famoso Colegio de San Ignacio o de Las Vizcaínas. Como era de esperar, el autor prueba las intensas interrelaciones creadas por el continuo proceso migratorio, y sobre todo, la creciente dependencia que tuvieron los caseríos respecto a los aportes americanos en su supervivencia y mejora.

Se completa este capítulo, además, con unas interesantes apreciaciones en torno a las relaciones entre ilegitimidad y emigración. Como rápidamente podría deducirse, una sociedad en la que la emigración ha producido la proliferación de “viudas en vida” por el desequilibrio entre sexos, es caldo de cultivo propenso para las relaciones extramaritales y sus efectos colaterales, en forma de hijos naturales o ilegítimos. Si a esto se une, como defiende J. J. Pescador, la debilidad de la Iglesia para imponer las normas derivadas de Trento en torno a la consideración social de la ilegitimidad, se entiende que no sería hasta el siglo XVIII cuando comenzaría a identificarse el origen ilegítimo con un estigma; estigma que (p. 78) entiende el autor que actuaría como acicate promotor de la emigración en este siglo, ya que

“the only place in which illegitimate children could maintain some social status and avoid suffering the new stigma of their birth was Spanish America. (...) Their departure from the valley came to be seen as a natural consequence of the circumstances of their birth”.

Que sepamos, es el primer autor que ha afirmado, entre nosotros, la posibilidad de una relación entre ambas cuestiones, poniendo la ilegitimidad como una causa más de las que favorecieron las migraciones. Se trata sin duda de una posibilidad, además de novedosa, sumamente sugerente, por lo que es de desear que futuras investigaciones incidan en este punto, a fin de confirmar o no sus apreciaciones.

El capítulo quinto, por el contrario, nos parece el más flojo de todos, no tanto por su documentación, que sigue siendo excelente, sino por la carencia de un plan claro. Bajo el apelativo de “*The Sacred Valley*” (p. 103), el autor se interna en unas consideraciones en torno a la identidad vasca en la América colonial española, y a la religiosidad como factores, en cierto modo relacionados. Quizá, a priori, el planteamiento pueda ser adecuado, incluso interesante, pero su resolución ha quedado fallida. En todo caso, se aprecian dos partes claramente diferenciadas.

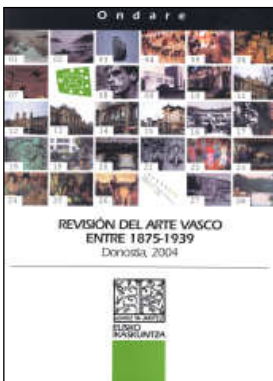
Por un lado, se analiza el fenómeno de la creación de entidades asociativas propias para los vascos en América, que sistemáticamente se organizaron como cofradías religiosas en torno al culto de la Virgen de Arantzazu. Tiene esta parte la virtud de plantear, por fin, un interrogante no por nunca expresado menos relevante y necesario: ¿por qué eligieron los vascos, precisamente, a la virgen de Arantzazu? Pescador apunta, a este respecto, una serie de condicionantes ideológico-políticos que harían de esta advocación, a los ojos de los vascos y vasco-americanos, la más adecuada para expresar lo que podríamos llamar el orgullo de la identidad vasca; hace para ello una interesante relectura de las fuentes literarias creadas en América en torno a

la virgen guipuzcoana, que en su aparición ante Rodrigo de Balzátegui se habría presentado como especial favorecedora de los vascos (p. 115).

En una segunda parte, enlazada a través de la cuestión religiosa, muestra una serie de intentos de fundación de instituciones religiosas en Oiartzun por parte de sus americanos, así como del ya conocido fenómeno de la importación de advocaciones marianas americanas en el culto local oiartzuarra. Todos estos casos son, en primer lugar, una más de las modalidades de retorno inmaterial de los americanos en el espacio social originario, como ya antes señalamos. Y en segundo lugar, el autor apunta a que fueron unas de las vías “in which Basque identity forged within the colonies tried to thrust itself into the Old Country’s sacred spaces”, conclusión que, siendo como es de las más novedosas, a nuestro entender precisa todavía de una mayor concreción y justificación.

En resumen, estamos ante una obra, por no repetir los calificativos con que abrimos esta reseña, que abre por su concepción, metodología y propuestas interpretativas, nuevas líneas futuras de análisis en el estudio de las emigraciones vascas, y sobre todo, que nos ayudará a dar un paso más hacia la puesta en evidencia de que la emigración vasca a América ha de ser, hoy más que nunca, entendida como un capítulo más, y no de los menos importantes, en la reconstrucción de nuestro pasado.

Óscar Álvarez Gila



REVISIÓN del Arte Vasco entre 1875-1939 = 1875-1939 bitarteko Euskal Artearen Berikusketak = Révision de l'Art Basque entre 1875 et 1939

En: Ondare. Cuadernos de Artes Plásticas y Monumentales / Eusko Ikaskuntza. – Donostia. – N. 23 (2004) 679 p. : il. ; 24 cm. – ISBN : 84-8419-880-4

El número 23 de *Ondare*, *Cuaderno de Artes Plástica y Monumentales* recoge las actas de las jornadas celebradas en Donostia/San Sebastián durante los días 23 al 28 de marzo de 2004, convocadas por la Sección de Artes Plásticas y Monumentales de Eusko Ikaskuntza y que tuvieron por título “Revisión del Arte Vasco entre 1875-1939”. Constituyen las quintas de una serie de jornadas que vienen teniendo lugar desde 1996, con una frecuencia bianual, dedicadas a recoger estudios sobre las manifestaciones artísticas en Álava, Guipúzcoa, Vizcaya, Navarra e Iparralde, desde la Edad Media hasta la Contemporánea.

Como suele ser común en este tipo de reuniones, se encargaron a destacados especialistas las conferencias marco de cada una de las secciones, dentro de las que se engloban las distintas comunicaciones presentadas, en las que se muestran las últimas investigaciones sobre cada tema concreto. Destacaremos el rigor científico-